

NOTA VII.

SOBRE EL VERS. 25 DEL CAP. VI.

§ VII. *Una debil objecion contra la autenticidad del libro de Josué.*

« Añade Bolingbroke (VOLT. *Bibl. espleic.*) que las palabras hasta el presente dia prueban que este libro no es de Josué. »

Lo único que prueban es que Josué no las escribió hasta lo último de sus dias, cuando ya habia trascurrido mucho tiempo desde que Rahab y su familia, libertados del saqueo de Jericó, habian comenzado á vivir entre los israelitas: sino es que el redactor de las memorias de Josué hubiese añadido ó insertado dicha espression.

NOTA VIII.

SOBRE EL CAP. VII.

§ VIII. *Combate de Hay. Uso de las suertes.*

« Teniendo Josué, segun dicen, seiscientos

« mil hombres de tropa reglada (*ibid.*) halla el secreto de quedar batido por doscientos ó trescientos paisanos al atacar una aldea: échanse suertes para adivinar que han sido batidos porque un soldado se habia quedado anteriormente con una parte del botin. »

Cuesta trabajo contener la indignacion cuando á este crítico se le ve encarnizado en disfrazar todos los hechos, buscar quisquillas á cada palabra, tomar al revés todas las espressiones, y traducirlo todo á lo burlesco. Segun él, seiscientos mil varones de armas tomar son seiscientos mil hombres de tropa reglada; y segun esta cuenta; qué de millones de soldados de tropa reglada tiene actualmente la Francia! El destacamento que se dirigió al ataque de Hay, solo era de tres mil hombres (v. 4); pero ¿de dónde le consta al incrédulo que los que defendian esta plaza no eran mas que trescientos paisanos?

El uso de las suertes se ha hecho supersticioso y criminal desde que sin orden ó promesa de Dios se ha recurrido á ellas. En el caso presente, en que el mismo Dios las autorizó y tal vez mandó, no puede dudarse que fué muy legítimo su uso para descubrir al culpable. Y en efecto, co-

mó Dios permitía á los gefes de la nacion esperar de él sus oráculos en semejantes circunstancias, con mucha mas razon no desaprobaria el que le pidiesen el conocimiento de su voluntad por medio de las suertes. Condúciase Dios así para impedir que los israelitas echasen mano de las prácticas supersticiosas y de las varias especies de divinaciones con que los idólatras presumian consultar á sus dioses. Eso no obstante, son muchos los sabios (Véase á MUNST. in Jos., c. 7.) que han opinado que el sumo Pontífice entendió por el *Urim*, cual fué la tribu y la familia y la persona del reo. Mas sea lo que fuere, las calificaciones que el impío da á Josué no dejan de ser bien absurdas y destituidas de fundamento.

NOTA IX.

SOBRE EL VERS. I DEL CAP. X.

§ IX. *Jerusalén no era entonces una mera aldea.
Podia tener su rey.*

« En Jerusalén no habia entonces rey: hasta
« la palabra de *Jerusalén* era desconocida; no

«era mas que una aldea de jebuseos muy proporcionada para hacer allí una fortaleza: en fin, segun los intérpretes mas aprobados, Josué no escribió esta historia »

Y segun lo que palpablemente hemos demostrado en nuestra nota I, es cierto que la escribió. Una prueba incontestable de que Jerusalén en el tiempo de Josué no era una simple aldea sino una fortaleza importante, es que despues de la derrota y muerte de su rey se mantuvieron en ella los jebuseos contra los esfuerzos reunidos de las tribus de Judá y Benjamin (*Jos.*, c. 15. v. 63. — *Judic.*, c. 1. v. 21), desde la invasion de Josué hasta el reinado de David; y para forzarlas en sus murallas, á cuyo abrigo se tenian por invencibles, necesitó este príncipe de todo el valor de sus bravos. Semejante fortaleza indudablemente pudo tener y realmente tenia un rey como lo eran los de aquellos tiempos.

NOTA X.

SOBRE EL VERS. 11 DEL CAP. X.

X. *De la lluvia de piedras que cayó sobre los cananeos. Razon de este milagro contra Le Clerc etc.*

« Toda la antigüedad (VOLT. *Bibl. explic.*)
« ha hablado de lluvias de piedras: la primera
« es la que envió Júpiter para auxiliar á Héru-
« les. »

No solamente los poetas han hablado de estas lluvias, sino que veremos que los antiguos historiadores y aun los filósofos como Plinio y Aristóteles, y tambien los modernos como Cardano y Gasendo etc., han dado por constantes fenómenos de esta especie, sin dejar lugar á que se dude de ello.

En cuanto á la fábula de Hércules, parece no ser otra cosa que una alteracion de lo ocurrido en tiempo de Josué. En las fábulas de la antigüedad se esconden de ordinario algunas verdades. Entre ellas se cuenta que Hércules, ha-

ciendo la guerra á los hijos de Neptuno (MELA, *Gall. Narbon.* — PLIN. lib. 5. — ESTRABON lib. 4 y cita á Esquilo. — SOLIN. c. 2.), obtuvo de Júpiter una lluvia de piedras que destruyó á estos formidables enemigos. Los *hijos de Neptuno* espresan muy bien á los cananeos ó fenicios, gente muy dada al comercio y á la navegacion. En estilo de la Escritura y tambien de los poetas griegos, *hijos del mar, hijos de la tierra, hijos del arco, hijos de la aurora etc.*, significan los que se ocupaban en viajar por el mar, en cultivar la tierra, en tirar del arco, los que habitaban el Oriente etc. En la vida de Hércules se han confundido los hechos memorables y extraordinarios de los mas ilustres heroes que la historia habia conservado. Por eso se refieren de él tantos hechos que solo convienen á Moises, á Josué, á Sanson ú otros (Véase á HUET *Demostr. evangelic.* prop. 4. — GROCIO *De verit.* etc.).

Léase en Josué (c. 10. v. 11.) que habiendo él ido á atacar á los reyes de los cananeos que sitiaban á Gabaon, los puso en huida: que en la bajada de Betoron hizo llover Dios sobre ellos gruesas *piedras* hasta Azeca, de manera que murieron mas por esta granizada de *piedras*

(hebr. *pedras de granizo*) que por la espada de los israelitas. Disputan los sabios para saber si estas palabras deben tomarse á la letra, y si Dios hizo caer realmente piedras del cielo sobre los cananeos, ó si mas bien fué un granizo ó pedrisco extraordinariamente duro y grande, movido de un recio viento.

Los que prefieren el sentido figurado al literal, dicen que no hay necesidad de atenernos á este último, pues Dios pudo por medio del granizo obrar el mismo efecto que hubieran producido las piedras. Citan muchos ejemplos, muy averiguados, de borrascas, durante las cuales cayeron pedazos de granizo enormemente gruesos de una, de tres, y de ocho libras de peso que han matado muchos hombres y bestias. Los Setenta, el autor del *Eclesiástico* (c. 46, v. 6.), el historiador Josefo (*Ant. lib. 3. c. 1.*) han entendido la narracion de Josué de *pedras de granizo* (y lo expresa el testo original) y no de una *granizada de piedras*. Añaden: un recio granizo sobrevenido puntual y precisamente para procurar á los israelitas una completa victoria: que acaba con los enemigos sin tocarlos á ellos: y que destroza mas gentes que pueda hacerlo la espada; es cier-

tamente un suceso milagroso. Para obrar milagros muchas veces se ha servido Dios de las causas naturales, pero aplicándolas de un modo extraordinario é imposible á cualquiera otro que no sea él: y así lo ha hecho en varias ocasiones.

No hay la menor razon para condenar á los que así opinan, puesto que reconocen que en estas circunstancias Dios ha obrado un milagro, importando muy poco el que le haya obrado de este ó del otro modo. Los incrédulos, que admiten el sentido literal, pues creen que le pueden impugnar mas ventajosamente (luego veremos si es así) no dejarán á la verdad de decir que este granizo sucedió casualmente como otros de que hace mencion la historia; pero cuando una causa, cualquiera que ella sea, obra con tanta puntualidad y tan al caso, como pudiera hacerlo el Ser mas poderoso é inteligente, es un absurdo recurrir á la *casualidad*: esta no es mas que una palabra abusiva, destinada á encubrir la ignorancia y el apuro del que se sirve de ella.

La opinion contraria, que toma literalmente las palabras de Josué, parece explicar mas naturalmente las palabras del original: *Jehováh arrojó sobre ellos piedras grandes desde los cielos*

y mas fueron los que murieron por las piedras del granizo que los que mataron los hijos de Israel con la espada. Sabios escritores la han adoptado. Masio, Grocio, Boufrerio, Vosio y otros muchos la apoyan considerando este suceso como un prodigio del Todopoderoso. Las palabras del testo, *piedras de granizo*, deben naturalmente explicarse con relacion á lo que precede de las *grandes piedras arrojadas desde el cielo*, esto es, una granizada de piedras que Dios envió para acabar con los cananeos, no á la manera de los pedriscos comunes y ordinarios, sino una cantidad inmensa de piedras que cayeron del cielo con tanta rapidez y fuerza, y en tanto número, como si fuese una granizada que viene sobre la tierra. Las espresiones del *Eclesiástico* (c. 45. v. 16.) de *Isaias* (c. 50. v. 50.) de *Ezequiel* (c. 15. v. 15.) pueden entenderse en el mismo sentido. Cada dia decimos: *cayó sobre N. una nube de piedras, una nube de palos, una nube de balas*. Si los autores sagrados no hubiesen querido indicar mas que el granizo ordinario ¿para qué servirse de espresiones tan enérgicas?

Es cosa muy estraña que algunos por evitar ciertas dificultades se enreden en otras mayores,

y para que no los tengan por incrédulos, especialmente en materia de milagros, no solo pongan en duda hechos semejantes, atestiguados por los historiadores profanos, mas se empeñen en sembrar sospechas sobre la verdad de los historiadores sagrados como si de propósito se hubiesen servido de palabras capaces de representar como maravillosos unos sucesos de suyo muy sencillos. Asi le Clerc se ha atrevido á asegurar que esta no fué mas que una borrasca de granizo. Si se hubiera limitado aquí, nada diriamos contra su opinion; pero trata de *imposturas* las lluvias de piedras que refieren algunos historiadores, y de *locura* los esfuerzos de muchos sabios para explicar este fenómeno de un modo natural.

Para mostrar con evidencia cuanto se engaña, vamos á examinar primero los testimonios que de ello nos ofrece la historia, y despues los argumentos que favorecen la posibilidad de estos sucesos.

No debemos admirarnos de que los que vivian en las primeras edades del mundo tuviesen por demasiado milagrosa una lluvia de grandes piedras para que pudiese ser fácilmente creida, á

no haberla visto con sus propios ojos. Son tan raros estos sucesos, que los romanos, mas de mil años despues del tiempo de Josué, se negaron á creer que una lluvia semejante hubiese caido sobre el monte Alba en el reinado de Tul. Hostilio, hasta que habiendo enviado algunas personas para comprobar el hecho, estos se lo certificaron con la circunstancia de que estas piedras habian caido del cielo del mismo modo que el granizo arrebatado por el viento (TIT. LIV. lib. 4. dec. 1.). Luego se hicieron mas creibles estos fenómenos especialmente despues de otra lluvia de piedras muy notable, la cual segun el testimonio del mismo autor (l. 25, 50, 51, 54.) duró dos días enteros. Lo mismo sucedió en Roma, Capua y otros varios lugares de Italia (*De bell. Afric. c. 47.* — AMAN. *Bell. civil. l. 4. S. AUG. De Civ. Dei l. 3. c. 52,* y otros) de manera que no se sabe como se puedan poner en duda estos sucesos sin ninguna escepcion.

Plutarco en la vida de Lisandro refiere por estenso la historia de una piedra que en Tracia cayó en el rio Argos. El filósofo Anaxágoras creia que se habia desprendido del sol (Véase DIOG. *in Anaxag. et not. Menag. in Laert.*) y el autor,

de quien Plutarco tomó este hecho, asegura (DAMACH. *ap. Plutarc. ut sup.*) que esta piedra habia andado flotando por el airé como una nube luminosa por espacio de sesenta y cinco días, durante los cuales se desprendieron muchos pedazos de ella, parecidos á los fuegos que llaman fatuos. Era tal su magnitud, que Pitágoras jamas quiso creer con Aristóteles (*Metereolog. lib. 1. c. 7.*) que hubiese sido arrancada de alguna roca. Plinio, que asegura (lib. 2. c. 68.) que en su tiempo la conservaban con gran cuidado, dice que era tan grande como un carro de cuatro ruedas, y de color oscuro. Tal era tambien la que cayó en Alsacia en medio de una borrasca de granizo el 7 de noviembre de 1492. (GESSNER y ANSEL. DE BOOT. *Hist. lapid. et gemm.*). La conservan en la iglesia parroquial de Ensisheim en Alsacia: pesa cerca de trescientas libras. Gasendo cuenta (lib. 10.) que el 29 de noviembre de 1636 se vió cerca de las ciudades de Guiliaulmé y de Sedone, en Provenza, sobre un monte una piedra inflamada, la cual, despues de caída, se halló que pesaba cincuenta y cuatro libras, de color sombrío y sumamente dura. Existe aun en Aix, capital de Provenza. Si tan enor-

mes piedras han podido formarse en el aire ó ser trasportadas á él por la fuerza de los vientos ó de algunos fuegos subterráneos, con razon podemos hacer igual suposición con respecto á las que cayeron sobre los cananeos, que ni en su magnitud ni en sus efectos fueron tan extraordinarias. Podríamos aun hablar de otras muchas especies de lluvias de piedras; pero sobre este punto puede consultarse la disertación de Calmet en la *Biblia* de Aviñon, tom. III; Gerardo Vosio; Gasendo (*in lib. 40. Diogen. Laert. de Meteor. Epicur.*): nos contentaremos con citar aun un notable ejemplo de fecha reciente, es decir, el que precedió á la asombrosa emersión de la isla Santorino, en el Archipiélago, el año 1707, cuyas circunstancias son en parte las siguientes. Percibióse por muchos dias un espantoso ruido como el de piezas de artillería de mucho calibre, ó como el del trueno; en estos dias se vieron levantarse del mar, como cohetes, una gran multitud de piedras, que iban á caer á cinco millas de donde habian salido. Este hecho es muy sabido y no hay para que detenernos en él.

Observaremos en fin que es incontestable que

pueden formarse piedras en el aire cuando un torbellino de viento ha trasportado á cierta altura considerable del globo arenas y otros materiales, los cuales, mezclados con las exhalaciones sulfúreas ó bituminosas y con los varios gases de la atmósfera, y humedecidos con las nubes, pueden endurecerse en un momento asi por su propio peso, como por la grande atracción de sus mixtos y por la presión del aire, y caer luego sobre la tierra. Todo esto es muy natural. Por consiguiente no es necesario ni recurrir á la alegoría para no vernos obligados á confesar que la derrota de los cananeos ha sido milagrosa, como lo ha hecho Le Clerc, ni tampoco á la intervención de los buenos ó malos espíritus, como lo han hecho Masio y Bonferio, para explicar como estas piedras se elevaron y formaron en las nubes y fueron lanzadas contra los enemigos de los hebreos. Muy bien podemos servirnos de las reglas de la física para explicar este fenómeno, *sin por ello negar el milagro*. La maravilla no consiste precisamente en que cayese una lluvia de piedras, sino en las circunstancias en que cayó, en haberlas Dios preparado para este suceso, en haber determinado singularmente para

este efecto las causas segundas y naturales , y en haberle producido tan oportunamente y tan al caso que acabó con los cananeos sin dañar á los israelitas. En sus mismos prodigios se sirve Dios por lo comun de las producciones y causas naturales ; pero las prepara , las dispone , las determina segun sus designios. No cria seres nuevos , sino que se sirve de un modo nuevo y extraordinario de los que tiene ya criados. Cuando envió codornices al campo de los hebreos , no es porque las crió de nuevo , sino que las reunió de un modo sobrenatural ó apresuró su produccion ordinaria para ejecutar sus designios. Nada mas natural en un sentido : nada mas milagroso en otro.

« Estas piedras , añade el crítico (*ibid.*) eran muy gruesas ; debieron acabar con todos los amorréos sin que quedase uno á vida. Pámanse muchos sabios de que Josué tuviese que recurrir aun al gran milagro de detener el sol y la luna. »

La caída de la granizada de piedras fué posterior al milagro de la suspension de la marcha aparente del sol : el autor sagrado lo insinua con claridad , diciendo que *fueron muchos mas*

los cananeos que perecieron por el pedrisco que los que hizo caer la espada de los israelitas. Por aquí se ve que la mayor parte de los que escaparon de la espada perecieron por el pedrisco. Y si hace mencion de la caída de este antes que de la oracion de Josué que detuvo el sol , es para contar sin ninguna interrupcion la derrota de los cananeos.

« Todos convienen en que el sol y la luna fueron detenidos al mediodia : tiempo habia desde entonces hasta el anochecer para acabar con todos los fugitivos en caso que la lluvia hubiese perdonado á algunos. »

Muchos intérpretes , y entre ellos el docto Mario , opinan que era ya mas de mediodia , y cuando el sol inclinaba ya hácia el ocaso , cuando sucedió su detenimiento. Segun lo que se deduce del testo y lo que la distancia de los lugares hace creer , parece que los acontecimientos de esta memorable jornada pasaron así : 1o. Josué anduvo toda la noche desde Galgala (c. 10. v. 7.) para acudir al auxilio de Gabaon , mas no pudo atacar á los príncipes confederados hasta media mañana ; hay siete leguas desde Galgala á Gabaon , y el camino poco cómodo

por ser aquel un país interceptado de montes : un ejército tan numeroso como el de Josué debió gastar parte de la mañana en acabar la marcha que había comenzado por la noche. 2º. Los cananeos estarían acampados al oriente de Gabaon y por el lado de Galgala , puesto que quisieron impedir la comunicacion de los hebreos acampados en Galgala con los gabaonitas. 3º. Hallábase aun Josué al oriente de Galgala cuando mandó al sol que se detuviese contra Gabaon ; las cuales palabras suponen que tenía en frente de sí al sol y á Galgala. 4º. El sol , aunque bastante elevado entonces sobre el horizonte , *in medio caeli* , inclinaba ya hácia poniente cuando detuvo su aparente marcha. Este milagro precedió á la caída de las piedras , la cual no comenzó hasta que los cananeos llegaron á la bajada de Betorón , que dista cuatro ó cinco leguas de Gabaon hácia occidente. Este orden de los sucesos , fundado en el testo y en la distancia respectiva de los lugares , destruye todas las sofisterías del crítico. En la siguiente nota vamos á responder á las objeciones que él y otros incrédulos han hecho contra este mismo milagro de la suspension del sol en su carrera.

NOTA XI.

SOBRE EL VERS. 42 Y SIG. DEL CAP. X.

§ XI. *Del milagro de la suspension del sol en la jornada de Gabaon. Respuesta á las objeciones contra este milagro.*

« Notan los profanos, dice Volt. (*Bibl. esplic.*)
« que Baco había hecho ya detener el sol y la
« luna, y que el sol volvió atrás horrorizado de
« ver el festin de Atreo y de Tiestes.»

En otras partes tenemos advertido ya que la mayor parte de las fábulas del gentilismo han tomado su origen de la historia sagrada. Antes de poner fin á esta nota mostraremos que la suspension del sol en tiempo de Josué no ha sido enteramente desconocida de todos los pueblos del mundo. Por lo demas es un absurdo querer comparar las alegorías y figuras poéticas con la sencilla, natural y circunstanciada relacion de la historia de Josué. Por eso sin entrar en el pormenor de los sistemas imaginados por aquellos que quieren distinguirse con sus opiniones